

## CADÁVER EXQUISITO

Marcelo Báez Meza

Toda Marilyn tiene el pelo pintado. Incluso ésta que tengo enfrente de mí que ha empezado a bailar al son de *¿Quién mató a Marilyn?* del grupo chileno Los Prisioneros. La he contratado para hacer de ella lo que más le place a mi dinero. La puesta en escena del deseo.

La razón por la que la mujer está aquí es su cuerpo níveo, voluptuoso. Sospecho que el bisturí ha intervenido en su busto prominente. Eso no pasaba con mi MM original. No había en sus senos ninguna corrección artificial.

La acuesto sobre el lecho, desnuda y boca abajo con el brazo izquierdo sobresaliendo del colchón, muy cerca del teléfono que está en la mesita de noche. Es de día en mi cuarto sin pánico y le digo que juegue a la muerte. ¿A quién llamó antes de morir? ¿A Bobby Kennedy, al escritor Arthur Miller o a Frank Sinatra? El frasco de barbitúricos vacío en el velador. Le digo que no se mueva, que está muerta.

Me pongo una bata blanca, un estetoscopio de juguete y dictamino acomodándome los lentes: «Mujer caucásica de ojos azules, de treinta y seis años y buena constitución, sana, con cincuenta y tres kilos de peso y un metro sesenta y seis de estatura. El cuero cabelludo cubierto por melena de color rubio oxigenado. Se advierte una leve equimosis entre la cadera izquierda y el lado izquierdo de la región lumbar». Mientras recito el texto de la autopsia, retiro la sábana blanca lentamente y admiro el cuerpo de mi delito. Ah, las protuberancias. Ah, las caderas que aparecen como contornos de mi universo. Procedo a yacer encima de ella como si fuera un jinete del séptimo arte.

Lo que viene a continuación no puede ser leído simbólicamente. Abro el estómago de la joven con un bisturí. Antes de consignar lo que encontré en el interior debo decir que esta piel es como la de Marilyn. No sé dónde leí que era flácida como un flan. Como un merengue, es la frase más exacta. Quizá por eso es más fácil cortarla. No hay rastro de píldoras en el intestino delgado. Ningún cristal refractario. ¿Y dónde están los cuarenta y cinco nembutales y las doce cápsulas de hidrato de cloral que faltan en el frasco que está junto a la mesita del velador?

Llamo a la policía y anuncio: «Marilyn Monroe ha muerto de una sobredosis». Luego me interrogarán y me preguntarán por qué dije eso. Si algún policía viene a inquirirme sobre el tema, diré que fue ella quien sabiamente reveló: «No tengo miedo de morir. Ya estoy muerta». Lo dijo con esa voz sensualmente entrecortada, jadeante, somnolienta, tan aprendida del porno blando.

Vamos a la siguiente escena. El dinero manda.

La segunda joven contratada tiene que cantar «Happy Birthday, Míster President». Pongo el CD y ella tiene que hacer fonomímica. Lo hace tan bien que me pone cachondo. Le digo:

—Norma Jean, haz lo que tienes que hacerme.

—Con mucho gusto, señor presidente— riposta ella.

Ella también es borrada de mi habitación. La mando a volar. Literalmente. En este motel hay una ventana que da a un terreno baldío. La he amordazado para que al caer no se escuchen sus gritos. No hay moros en la costa. Sólo un cadáver exquisito.

Con la chica de la siguiente semana trato de no repetir la rutina. A la nueva Marilyn le pido que se deje fotografiar. El requisito principal era la peluca rubia platinada y el lunar debidamente pintado en el labio superior.

Disparo a disparo voy asesinando la imagen de mi diosa. Le doy mi camisa blanca para que se la ponga. También un collar de perlas falsas. La tiendo sobre la cama como un recuerdo futuro y le digo:

—¿Sabías que la verdadera Marylin tenía también una cicatriz en el vientre?

—Claro, por una operación de vesícula.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo soy Marilyn. Tenía que saberlo.

—Tú no eres Marylin. Eres una puta.

—Y tú no eres un hombre. Eres un cinéfilo al que no se le para y me contratas para excitar a tu imaginación.

—Ponte boca abajo y alza un poco el culo.

—Súbele el volumen— ordena ella mientras acata la orden.

«All I have to do is dream» de The Everly Brothers suena en la radio.

Con la lente de la cámara acaricio su piel de color champán. Imagino que estoy en una sesión para la revista VOGUE.

Dejo la cámara a un lado.

Le pongo el vestido blanco de *La comezón del séptimo año*. Pierde un poco el equilibrio. Está a punto de caer. La sostengo. Son los zapatos níveos de tacón. No está acostumbrada a ellos. Le pido que sonría tal y como aparece en el filme de Billy Wilder. Le he mostrado previamente el fragmento de la película pero no todo sale como el deseo quiere. Hago que se pare a metro y medio de un ventilador instalado en el piso. Sigo disparando mientras la tela plisada levanta vuelo. La diferencia entre la diosa de celuloide y mi actriz puertas adentro es que no hay ropa interior de por medio.

Esta vez los disparos no provienen de la cámara sino de un arma de fuego robada a cualquier filme barato de acción. Mientras la veo agonizar le digo:

—Siempre te recordarán joven, Norma Jean.

Viramos la página del guión para admirar la última escena.

La enfermera con la peluca rubia platinada apaga la televisión. Los espectadores protestamos por la interrupción. Todas estas noches han pasado las mejores películas de MM y nunca nos permiten verlas completas. La mujer empuja mi silla de ruedas y me dice con esa voz sensual que me da comezón por dentro:

—Vamos a tu habitación.

Si pudiera hablar le respondería:

—Gracias por llevarme a mi celda como cada noche.

Si pudiera mover mis brazos, la abrazaría y le diría:

—Esta noche serás tú quien muera en mi lecho.